

Título:

**EL VINCULO ADULTO-NIÑO:
UNA ASIMETRIA EN CRISIS o**

“Zapping a la infancia”

Autora:

Noemí Allidière.

Grados Académicos:

Dra. en Psicología Clínica (Universidad de Belgrano).

Lic. en Psicología (Universidad de Buenos Aires).

Instituciones:

UBA

Instituto Superior del Profesorado N° 1

Instituto Superior del Profesorado Joaquín V. González

UADE

E.mail: allidiere@mail.com

**EL VINCULO ADULTO-NIÑO:
UNA ASIMETRIA EN CRISIS.**

“Zapping a la infancia”

El vínculo adulto-niño: una asimetría en crisis.

“ Zapping a la Infancia”

“Los padres educan a los niños como los príncipes gobiernan a los pueblos”.

Françoise Dolto

“En apariencia, la protección de los niños está avanzando y las declaraciones y las promesas se concentran en torno a la próxima frontera del año dos mil, pero la ayuda más elemental para la infancia sigue siendo la siguiente recomendación: no te creas lo que te dicen, sino lo que te hacen”.

José Mauel Martín Medem

Fundamentación teórica.

La tesis principal que se plantea en este trabajo es que:

La globalización de la economía y los mercados, conjuntamente con la ilusión de hegemonía cultural y social que los medios masivos de comunicación tienden a generar, se reproduce, a nivel psicológico, en una percepción homogeneizada de las etapas evolutivas de la vida humana. Percepción en la que tienden a borrarse las diferencias entre las categorías psicosociológicas niñez y adultez.

Como observación complementaria se enuncia la posibilidad de establecer un paralelo entre **el apartamiento del Estado** (a partir de las “políticas de ajuste”) **de sus funciones tutelares de protección y cuidado de los pueblos** (garantía de trabajo- atención de la salud- educación- seguridad- justicia) **y el déficit en las funciones de sostenimiento y contención de niños y jóvenes que se advierte, actualmente, por parte de instituciones, padres, docentes y adultos** en general.

De la orfandad del hombre en la posmodernidad. (1)

A nivel “**sociológico**” (2) el hombre de la posmodernidad ha quedado huérfano. Profundamente huérfano. No sólo de Dios y de Rey, como le ocurriera al hombre moderno con el desarrollo de las ciencias (y su exagerado optimismo racionalista), y la formación de las Naciones (con la emergencia de las ideas republicanas); sino también, huérfano de Estado (al desaparecer el Estado de Bienestar) y huérfano de un “patrón” (a partir de la crisis “terminal” en que ha caído el trabajo).

Patrón que si bien tendía a ofrecer relaciones más “paternalistas” que paternas (en oportunidades, sesgadas hacia modalidades vinculares de dominio-sometimiento), implicaba siempre la posibilidad de establecer vínculos **reconocibles, personalizables y favorecedores de sentimientos de identidad y pertenencia.**

En la actualidad ese patrón identificable, ha sido reemplazado por las anónimas y despersonalizadas Organizaciones Corporativas que **no** estimulan filiaciones personales.

O, en muchos casos, y debido a la falta de trabajo y la consecuente desocupación que afecta mundialmente a las generaciones en edad productiva, este “patrón” no ha sido, siquiera, reemplazado.

A nivel más específicamente “**psicológico**”, la profunda orfandad del hombre y de la mujer, cronológicamente adultos de la posmodernidad se ve, además, potenciada, por la inoperancia en que han caído **sus propios modelos parentales y filiales internalizados desde la infancia.** Inoperancia que los descalifica para ser usados como patrones en la relación actual con sus **propios hijos**, ya que se trata de **estilos de parentalidad y filialidad** que fueron moldeados según las pautas de un mundo que ha desaparecido. Un mundo perdido detrás de la aceleración del tiempo social producida por el desmesurado desarrollo de la tecnología y que ha sido reemplazado por otro sin lugar para ideologías utópicas que otrora permitían ilusionarse con la idea de un futuro más propicio. Un mundo en el que las nociones de proceso y devenir fueron sustituidas por la exaltación del instante, de lo fugaz o, al decir de Lipovsky, por el “reinado de lo efímero”.(3)

Un mundo en el que la identidad de “**ser**” fue reemplazada por la de **tener** (4) o **hacer**, al jerarquizarse, a través de la economía de mercado y del consumo, la relación con los objetos y los bienes, por sobre la relación

subjetividad del ser humano se dan confundidos.

(3) (Cfr. **Lipovsky, G. *El Imperio de lo Efímero***. Barcelona, Anagrama, 1986).

(4) Para **Beatriz Sarlo** los objetos (los productos y las "marcas") se han vuelto casi indispensables en la construcción de la identidad, ya que señalan no sólo a los que **los poseen** sino también a quienes **no los poseen**. (Cfr. **Sarlo, B. *Escenas de la vida posmoderna***. Buenos Aires, Edit. Ariel, S.A., 10º ed. 1998).

Un mundo en que los **valores** han sido McDonalizados (5) y en el que las antiguas pautas de convivencia entre las personas (aunque muchas veces exageradamente rígidas pero, sin embargo, ordenadoras), han perdido vigencia.

Un mundo tan drásticamente cambiado, tan irreconocible, que los mayores suelen sentirse extraños y casi como "**sobrevivientes**". (6)

Resumiendo:

El hombre y la mujer, cronológicamente adultos de la posmodernidad, han quedado, en consecuencia, profundamente huérfanos. Sus referentes exteriores de autoridad (Dios-Rey-Estado-Patrón) han desaparecido o perdido vigencia; y sus referentes internos (padres internalizados de la infancia) resultan, ahora, inoperantes en un mundo radicalmente cambiado.

De las dificultades actuales en el ejercicio de la parentalidad.

Todo ejercicio adecuado de los **roles parentales** (maternidad y paternidad) se basa en la aceptación de los prolongados **vínculos de dependencia** que los hijos establecen con sus padres.

Dependencia que se expresa no solamente en su **vertiente material** para la satisfacción de las necesidades básicas (alimentación, vestido, vivienda, atención de la salud y cuidado de la vida a través de la anticipación ante los riesgos, etc.); sino también, y de modo harto significativo para posibilitar la estructuración sana del psiquismo infantil, en su **vertiente afectiva** a través del **imprescindible y prolongado sostenimiento emocional** que requieren los chicos.

Fenómicamente, la aceptación de las demandas de dependencia infantil por parte de los mayores, se expresa a través de la **asimetría** característica del vínculo niño-adulto. Asimetría por la que un niño inmaduro, sensiblemente vulnerable y extremadamente dependiente, **recibe** afecto, atención y cuidados por parte de un adulto maduro, menos vulnerable y con dependencias discriminadas (es decir aquellas en las que no se pierda la propia identidad en el otro a través de la fusión simbiótica, ni se lo parasite o quede uno mismo parasitado a través de vinculaciones en las que uno de los miembros del binomio viva a expensas del otro).

Asimetría marcada no sólo por la dedicación de tiempo "real" (**presencia**), sino también por el "espacio mental" (**disponibilidad afectiva**) de un adulto para con un niño.

En la actualidad, esta asimetría constitutivamente necesaria para una sana relación adulto-niño suele verse, muy frecuentemente, alterada.

Los padres y adultos, **objetiva y subjetivamente** huérfanos de la posmodernidad, presentan considerables dificultades para ubicarse, ellos mismos, en los roles parentales. Al no sentirse ni externa, ni internamente, sostenidos, **no pueden sostener, a su vez**, adecuadamente, a sus propios hijos en las prolongadas necesidades de dependencia afectiva y/o material características de la niñez.

Como consecuencia de esta dificultad, los hijos (y los chicos en general) pasan a ser percibidos como **más grandes** y, en muchos casos, como **casi adultos**, "**emparejándose**", **invirtiéndose** o **desdibujándose**, consecuentemente, la simetría **adulto-niño** (padre/madre-hijo) imprescindible para llevar a cabo un proceso de crianza que favorezca en el pequeño la estructuración de una personalidad sana.

La **simetría** o "emparejamiento" (yo soy amiga/o de mis hijos) y la **inversión** de la asimetría en el vínculo adulto-niño (el niño ubicado en el lugar del adulto y sosteniéndolo emocionalmente) se ve estimulada al máximo, desde los **medios masivos de comunicación** y la **publicidad**. (7).

Estos fenómenos mediáticos refuerzan constantemente, la percepción adultomorfizada de los chicos y, consecuentemente, generan una **percepción ilusoriamente homogénea de la vida humana**, por la cual se pierde, se desordena o se vuelve confusa la secuencia temporal del ciclo de la vida: **infancia-adolescencia-adulthood-vejez**.

Enunciando esquemáticamente este fenómeno, podría decirse que:

Actualmente, la infancia se acorta y tiende a desaparecer, la adolescencia se alarga

“otros. “Sobrevivir” remite a la muerte”.

(Cfr. Janín, B. **Los adolescentes y el vacío**. Buenos Aires, Revista Actualidad Psicológica. Año XIX, N 212, agosto de 1994, pág. 30).

- (7) Los publicistas tienden a capturar el segmento de mercado infantil a través de estímulos más adecuados para una franja etaria superior. Un buen ejemplo de este deslizamiento está expresado en la estrategia publicitaria de un producto para niños. “**Junior** (el producto en cuestión) **no fue planeado como un producto para adolescentes, sino para chicos que quieren ser junior, mientras que los adolescentes quieren ser adultos**”.

(Fuente: Argentina, Diario **Clarín** (sección Marketing), 12 de octubre de 1997).

Desde la perspectiva de la **salud mental**, la percepción distorsionada de los niños, por parte de los padres y adultos en general, **no** es inocua, ya que condiciona modelos de relación con los mismos que, al favorecer la confusión de roles, resulta generadora de psicopatología infantil, siendo la **pseudomadurez** (el chico que “parece” grande) y la **inmadurez crónica** (el grande que permanece emocionalmente chico) sus expresiones sintomáticas más benignas, mientras que las **estructuraciones fragmentadas del yo**, la **psicosis** y la **psicopatía** (los niños actuadores, trasgresores y/o violentos) sus formas más graves.

La estimulación desmesurada y la sobreexigencia que recae sobre los chicos percibidos como mayores, suelen generarles, también, síntomas de **orden somático** (broncoespasmos, cefaleas, dolores de estómago, mareos, etc.); y/o **disfunciones** y **trastornos** de la **alimentación** (bulimia y/o anorexia a edades cada vez más tempranas), del **sueño** (alteraciones en el dormir, pesadillas, insomnio o hipersomnia, etc.), de la **evacuación** y del **control esfintereano** (enuresis y encopresis) y/o dificultades en el **aprendizaje** y en el **rendimiento escolar** (desconcentración o atención exageradamente dispersa (8), bloqueo en la adquisición de conocimientos e inhibición en el deseo de saber, etc.) y/o **aislamiento social** y **desinterés generalizado** que son, en realidad, manifestaciones solapadas (subclínicas) de procesos depresivos que pueden volverse crónicos.

La fallida percepción del niño como más grande de lo que realmente es, y como casi adulto, en muchos casos, por parte de los padres y adultos involucrados en la crianza, por un lado, y de los responsables de la publicidad y los medios masivos de comunicación, por el otro, tiende además a favorecer la **real expulsión** anticipada de la infancia.

Esta expulsión precoz adquirirá sesgos diferenciados según el **contexto cultural** y **socioeconómico** en el que se lleve a cabo la crianza; pero, en todos los casos, tendrá, como denominador común, la presencia de estimulaciones que **no** se ajustan a las posibilidades de respuesta en función de la **madurez psicobiológica** y, sobre todo, **afectiva** alcanzada por el niño de acuerdo con su edad cronológica.

La infancia es un período de la vida que, como lo expresan Margulis y Urresti (9) en relación a la juventud, tiene **facticidad** propia. Es decir, está fuertemente condicionada por la biología: pocos años vividos y expectativas de muchos años por vivir (“crédito temporal”); mayor energía vital y posibilidades de salud; inmadurez de algunas funciones orgánicas; talla y peso menores; etc., pero que se construye y se despliega a partir de la **cultura** y, sobre todo, de la **subcultura** a la que cada niño pertenece.

En este sentido, las diferencias del “**ser niño**” en los sectores de bajos, medios o altos recursos socioeconómicos será sensiblemente significativa. Pero, repetimos, **en todos los casos la infancia es un concepto que se construye socialmente** a partir de la conjunción de múltiples y complejas variables (históricas, geográficas, político-económicas, sociales, psicológicas, etc.).

Por otra parte, ser y “sentirse” **niño o niña** (10) remite a una subjetividad que tendrá que ser **confirmada cotidianamente** por las miradas de los padres y adultos. Miradas que deberán especular al niño otorgándole y consintiéndole el lugar de la inmadurez, de la vulnerabilidad y de la necesaria dependencia.

Advertimos que actualmente, esas miradas tienden a reflejar una imagen “agrandada” de los chicos. Una imagen que **no** reconoce el lugar particular del niño y favorece, por lo tanto, la constitución de subjetividades infantiles confundidas, fracturadas o violentas.(11)

Como lo expresa Allidière, N. (12), en la historia de la humanidad, la idea de niño como un **ser** (sujeto y no objeto), **diferenciado del adulto** (es decir, con particularidades evolutivas propias y necesidades específicas), comienza a esbozarse promediando el siglo XVI, pero se afianza **recién** en el siglo XVIII, con el advenimiento de la **familia moderna** (constituída por mutua elección afectiva de los cónyuges y no por alianzas, roles parentales y filiales discriminados, exaltación del “instinto materno” (13), instauración del derecho sucesorio garantizador de la herencia de los bienes y, sobre todo, el reconocimiento de la causalidad entre los **vínculos tempranos positivos** (sostenimiento emocional, cuidado de la salud y educación de los hijos) y la **posibilidad de supervivencia y bienestar de las personas**).

(8) Muchos pediatras y psiquiatras **medican durante años** a chicos en edad escolar a los que diagnostican **A.D.D. (Attention Deficit Disorder)**. Este síndrome disatencional (que no presenta correlación en el E.E.G.) se daría en niños “muy inteligentes”, con C.I. elevados, muy inquietos y **dispersos** y con dificultades afectivas, en los contactos interpersonales. Desde una mirada crítica podemos describir el siguiente recorrido: a) se sobreexige a los niños exponiéndolos a una sobrecarga de estímulos poco adecuados para su edad (por su **cantidad y calidad**). b) los niños responden defensivamente (tendiendo a la descarga), con sobre-excitación, “hiperkinesia” y desconcentración. c) se “calman” estos síntomas (junto con la ansiedad que genera en los padres y maestros), **sin** modificar las causas que los producen, **obturándolos farmacológicamente**.

(9) **Margulis y Urresti**, reelaborando el concepto de **moratoria psicosocial** de **Erik Erikson**, plantean que los jóvenes, independientemente de la clase social a la que pertenecen, poseen un “crédito temporal” que los aleja de la idea de la muerte y al que llaman **moratoria vital**. Estos autores consideran, sin embargo, que la **moratoria social** es sólo patrimonio de los jóvenes de buenos recursos económicos que pueden acceder a la estética (cuerpo, vestimenta y consumo) propuestos como ideales sociales. Los jóvenes

(Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales, UBA), 1995).

(13) Aunque la maternidad es una **construcción social**, la postulación de un supuesto "**instinto materno**" coadyuvó, durante siglos, bajo el imperio del **patriarcado**, junto con otra multiplicidad de factores, al **sometimiento de la mujer**. En relación a este concepto **Salzberg** plantea: "*La maternidad y la paternidad no tienen que ver con lo "biológico"; por el contrario denotan la particularidad de lo humano... lo biológico es la procreación... la maternidad y la paternidad son funciones simbólicas determinadas por la cultura*" (la negrita es nuestra)

(Cfr. **Salzberg, B. Los niños no se divorcian**. Buenos Aires, Beas Edic. 1º ed. 1993, pág 77).

Este tardío concepto de infancia, que logró su apogeo hacia fines del siglo XIX y, particularmente, en la primera mitad del siglo XX (con el surgimiento de las teorías pedagógicas y el desarrollo del psicoanálisis) **está deslizándose, desde hace algunas décadas, hacia un vacío de sentidos**.

La "disolución" del concepto de niñez se ve reflejada en el acortamiento de la infancia. En la expulsión anticipada del pequeño hacia el mundo de los "adultos".

En la actualidad, esta expulsión precoz se da desde **dos** extremos bien diferenciados: desde **el extremo de la exclusión y la pobreza**, por un lado y desde **el extremo del bienestar**, por el otro.

En los sectores sociales más **pobres**, que han quedado al margen de la "economía de mercado" (y, por ende, de los sistemas de salud, educación, vivienda, recreación, seguridad, etc.) (14), la expulsión precoz del niño de su infancia suele manifestarse bajo modalidades terriblemente crudas. Tasas de mortalidad infantil muy altas, abandono material y/o afectivo, maltrato infantil, trabajo de menores (en ocasiones bajo condiciones cercanas a la esclavitud), deserción escolar, delegación de funciones adultas sobre los chicos, prostitución de menores, abuso sexual, incesto y embarazos apenas iniciada la pubertad, inclusión de niños en ejércitos y conflictos bélicos, adopciones clandestinas y tráfico de menores, son sólo algunas de las manifestaciones de esta crudeza.(15)

Crudeza generada en el seno de estructuras familiares que, por otra parte, **no hacen más que reproducir** las múltiples fracturas del entramado social.(16)

En los sectores sociales de **mejores recursos económicos**, con acceso al consumo, la expulsión precoz del niño de su infancia adquiere, en cambio, formas más sutiles y solapadas. Si bien la familia sostiene **material y económicamente** al hijo durante su infancia y aún durante su alargada adolescencia (la que en muchos casos llega a orillar la adultez cronológica), en relación a los aspectos **cognitivos** y, sobre todo, **emocionales**, también tiende a percibir al hijo como más "maduro" y, por ende, **como más grande de lo que realmente es**.

Esta percepción distorsionada de la infancia produce consecuentemente, un apresuramiento en los tiempos de la crianza, sufriendo el "tiempo psicológico" infantil una aceleración en paralelo con la del tiempo social. En estos sectores sociales de buenos recursos socioeconómicos, la aceleración de los tiempos del niño, y el apuro por verlo más grande de lo que en realidad es, suele presentarse "ideologizado" (en el sentido de estar sostenido por múltiples racionalizaciones) por parte de los padres y familiares y, aún, por parte de los **profesionales** que se ocupan de los chicos (maestros, pediatras, psicólogos, trabajadores sociales, jueces de menores y abogados de familia, etc.) y quedan ocultos detrás de discursos al estilo de "es muy inteligente", "puede dar más", "es muy maduro para su edad", "quiere cosas de grande", "está muy adelantado", etc. Discursos que, como puede notarse, están enunciados desde una hipervaloración de la "inteligencia", de la rapidez de respuesta y de la sobreadaptación de las expresiones infantiles (los chicos "piolas"), pero que **desestiman la consideración de aquellos aspectos relacionados con la madurez emocional alcanzada por el niño**.(17)

Resulta interesante resaltar, tangencialmente, la coincidencia de los profesionales con el discurso de los padres, ya que si bien por parte de estos últimos se "justificarían" parcialmente estos comentarios desde un (hasta cierto grado) sano "orgullo" parental o, en algunos casos, desde la necesidad de compensar con el rendimiento intelectual de los hijos frustraciones en sus propios desarrollos personales (laborales, económicos, intelectuales, afectivos, etc); desde los profesionales aparece como **expresión identificatoria con modelos culturales que tienden a borrar las diferencias entre los niños y los adultos**.

La desestimación que los adultos hacen de la **imperiosa** necesidad (a nivel individual y social) de **sostener la inmadurez emocional de los chicos**, se ve reflejada en la **sobresaturación perceptiva** a la que, cotidianamente, los exponen.

Desde los **medios de comunicación** y la **publicidad**, desde las **instituciones educativas** e, incluso, desde las **familias**, los niños son sometidos permanentemente a estímulos y situaciones que los **confunden y/o violentan en la construcción de sus subjetividades infantiles**.

(14) Como señala **García Canclini, N.** "*La contradicción estalla, sobre todo, en los países periféricos y en las metrópolis donde la "globalización selectiva excluye a desocupados y migrantes de los derechos humanos básicos: trabajo, salud, educación, vivienda. El "proyecto iluminista de generalizar esos derechos llevó a buscar, a lo largo de los siglos XIX y XX, que la modernidad fuera el hogar de "todos. Al imponerse la concepción neoliberal de la globalización, según la cual los derechos son desiguales, las novedades modernas "fueron de consumo sólo para los miembros de las élites."*

Inglaterra inauguró en 1998 la **prisión infantil** de Medway.

Fuente: Argentina, Diario **Clarín**, 14-4-97 y 15-4-98.

(17) **Genios**, el nombre de la revista infantil de mayor tirada en la Argentina, es un claro ejemplo de esta sobrevaloración de los aspectos intelectuales.

(Genio: disposición para alguna cosa, como arte, ciencia, etc./ Fuerza extraordinaria de la inteligencia; facultad capaz de crear o inventar cosas nuevas y dignas de admiración./ Fig.: el que está dotado de esta facultad. Sapiens. Enciclopedia Ilustrada de la Lengua Castellana. Editorial Sopena Argentina. Tomo II).

Así, los chicos de la sociedad “globalizada” de la posmodernidad, quedan sistemáticamente ubicados en el lugar de “grandes”.

Tempranamente **erotizados** y **pseudogenitalizados** por una cultura de mercado que los ve como consumidores y no como niños.

Vestidos por una “**moda infantil**” que replica exactamente en sus cuerpecitos infantiles, la ropa de los adultos.(18).

Mantenidos en estado “cuasi-hipnoide” (19) ante **pantallas televisivas** que funcionan como acompañantes y sustitutos mediáticos de discontinuos y/o deficientes maternajes. Pantallas que intentan obturar ilusoriamente los sentimientos de soledad ante la emergencia de las precoces angustias infantiles que **no** siempre encuentran un adulto para ser calmadas (los adultos estamos generalmente muy ocupados en “otros asuntos”) (20); pero, casi siempre, encuentran un **aparato de televisión encendido**. Un aparato con el que, sin embargo, sólo es posible establecer una “comunicación” sin feed-back. **Sin intercambio humanizante**. Un aparato que reproduce vertiginosamente infinitas imágenes, muchas veces difíciles de procesar para los chicos. Imágenes confusas, violentas, caóticas, fragmentadas (en “zapping”) que, como dice Yankelevich, “*fragmentan, a su vez, al yo en formación y lo vuelve confuso*” (21).

Sobreexigidos con **actividades escolares, extraescolares** (e incluso **recreativas**) que les absorben todo su tiempo, restringiéndoles la posibilidad del **jugar** espontáneo y de la **imaginación**.

Incluidos desde **bebés** en “guarderías” (22) y jardines maternos donde son atendidos por una **multiplicidad de personas en recambio permanente**. (23).

A merced de **padres** y **madres** que, como adultos posmodernos, sufren la orfandad de las **protecciones sociales elementales** (garantía de trabajo- atención de la salud- educación- seguridad- justicia) y que adolecen, además de **patrones subjetivos de maternidad y paternidad**, aún vigentes, dado que sus propias experiencias filiales resultan, ahora, difícilmente transferibles en la relación con sus hijos.

A merced, por lo tanto, de adultos emocionalmente huerfanos que, **conciente o inconcientemente**, tienden a establecer con sus propios hijos, vinculaciones de “pares” (**simétricas**) o de búsqueda de “apoyo” y sostenimiento afectivo (es decir, con la **asimetría invertida**).

Resumiendo, entonces:

Los chicos de la sociedad “globalizada” de la posmodernidad están peligrosamente entrampados (tanto desde el lado de pobreza, como desde el bienestar económico) en redes institucionales e intersubjetivas en las que no se les reconoce su ser infantil.

(18) Además de haber sucumbido a la homogeneización de los materiales (“**jean desde la cuna al ataúd**”), la ropa infantil **reproduce exactamente** el estilo de la moda adolescente; mientras que los adultos, a su vez, imitan a estos últimos. Si recordamos que, desde el punto de vista de la construcción de la subjetividad, la vestimenta (junto con los accesorios y cosméticos), condicionan la constitución del **esquema corporal** (representación mental del propio cuerpo) y, por ende, coadyuvan en la formación del **sentimiento de identidad**, podremos inferir que esta falta de diferenciación entre la vestimenta de los niños y los grandes no resulta inofensiva.

(19) “La T.V. genera, en un alto número de personas una suerte de autohipnosis.....Este apoderamiento autohipnótico, en el cual el sujeto “se queda pegado como una estampilla a la pantalla televisiva, es homologable, en más de un punto, a los efectos de las drogas “alucinógenas o a los estados de intoxicación adictiva.....”

(22) Si bien, últimamente, se observa la tendencia, desde las autoridades de las instituciones educativas, a sustituir la nominación **guardería** por la de **Jardín Maternal**; en el imaginario social aún circula la primera palabra que delata el trasfondo ideológico de considerar al bebé como si fuese un **objeto**.

(23) Personalmente consideramos que, cuando el niño es **pequeño**, esta multiplicación de los personajes que se ocupan de su crianza **no** resulta inocua ya que impide las **identificaciones más estables, sólidas y personalizadas**, necesarias para una constitución **integrada** del yo. Metafóricamente podríamos decir que el niño criado por muchas personas se ve reflejado en un espejo hecho añicos que le devuelve, **anticipadamente**, imágenes fragmentadas de sí mismo.

A modo de conclusión.

Mientras, como dice Françoise Dolto (24), **“La primera preocupación de la sociedad “(siga siendo) rentabilizar el costo de los niños”,**

mientras los **Estados** y los **Organismos Internacionales** sigan prefiriendo ocuparse de “otras cuestiones”, soslayando funciones indelegables como **educación, salud, seguridad, justicia y garantía de trabajo** de los pueblos;

mientras la **dicotomización económica** entre los sectores ricos y pobres haya pasado, como lo señalara el P.N.U.D. (25), de lo **“injusto a lo inhumano”**;

mientras los responsables de los **medios masivos de comunicación** y de la **publicidad** sigan **“éticamente desregulados”** intoxicando diariamente con una profusión de estímulos inapropiados y nocivos a los jóvenes y niños;

mientras los **adultos en función social** (gobernantes, jueces, docentes, periodistas, etc.), no logren recuperar, para los niños y los jóvenes, la **credibilidad de su palabra devaluada**;

mientras las **Instituciones** (y **profesionales**) que se ocupan de los chicos sigan identificados con modelos culturales que **borran las diferencias entre los adultos y los niños**;

mientras los **padres y madres** de la posmodernidad **no** encuentren sostenimiento en el entramado social para, **a su vez, poder sostener material y emocionalmente a sus propios hijos**;

mientras la necesaria **asimetría** en los vínculos entre adultos y niños (y adolescentes) siga **emparejándose, invirtiéndose o borrándose**;

mientras, en fin, sigamos haciendo **“zapping” con la infancia la humanidad continuará en peligro**.

(24) (Cfr. Dolto, F. *La causa de los niños*. Barcelona, Paidós, 4° reimpresión, 1996, pág. 11).

(25) Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Bibliografía

- Allidière, Noemí. *Observaciones sobre la infancia: ¿una categoría problemática?* Buenos Aires, Cuadernos de Trabajo Social N° 1 (Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 1995).
- Aray, Julio. *Reflexiones sobre el sadismo en la enseñanza*. Bogotá. Universidad de Colombia, 1984.
- Dolto, Françoise. *La causa de los niños*. Barcelona, Paidós, 4° reimpresión, 1996, pág. 11.
- Fuks, Saúl. *La adolescencia una época propicia para ejercer el sadismo*. (En Aray, Julio. Op.cit.)
- García Canclini, Néstor. *Consumidores y Ciudadanos (Conflictos multiculturales de la globalización)*, México, Grijalbo, 1996.
- Janín, Beatriz. *Los adolescentes y el vacío*. Revista "Actualidad psicológica". Buenos Aires, Año XIX, N° 212, agosto de 1994.
- Lipovsky, Gilles. *El imperio de lo efímero*. Barcelona, Anagrama, 1986.
- Margulis, Mario y Urresti, Marcelo. *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires, Biblos, 1996.
- Martín Meden, José Manuel. *La guerra contra los niños*. Barcelona, El viejo Topo, 1998.
- Ritzer, George. *La McDonnalización de la Sociedad*. Barcelona, Ariel, S.A., 1996.
- Sahover, José R. *Efectos de la televisión sobre el psiquismo*. Buenos Aires, Revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina.
- Salzberg, Beatriz. *Los niños no se divorcian*. Buenos Aires, Beas edic. 1° ed.1993.
- Sarlo, Beatriz. *Escenas de la vida posmoderna*. Buenos Aires, Ariel, 10° ed.1998.
- Urresti, Marcelo y Margulis, Mario. Op. cit.
- Yankelevich, Silvia. *Construcción de la subjetividad y nuevas tecnologías audiovisuales*. (XI Congreso Metropolitano de Psicología "Niñez y adolescencia Hoy", Buenos Aires, 1997).